Última hora

LOS IMPERDIBLES

Jorge Duarte

Última hora

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Para Isaac, un hombre honesto

Para ser buen periodista hay que ser buena persona.

Ryszard Kapuściński

Todos los días suceden historias bonitas. Un amigo, periodista con más años de experiencia que yo, me ha asegurado que así es. Que incluso en días terribles como el de hoy es posible encontrar alguna. Creo que tiene razón.

Una de esas historias ha ocurrido esta mañana y comienza con una mujer empujando la puerta de cristal de un bar de barrio, no muy lejos del lugar de los hechos. La recibe un calor húmedo, impregnado del olor a cebolla frita de las tortillas de patatas. Un camarero la observa tras la barra. Se reconocen como desconocidos que son. Nunca había entrado. Siempre cruza rápido por delante del bar cuando lleva a su hijo a la guardería, o cuando lo recoge. Hoy ha entrado, y con decisión. Solo quiere utilizar el servicio, pero el camarero se le adelanta: «Buenos días, ¿qué le pongo?». Duda, no le apetece nada, pero pide un café. «Con leche fría, por favor». El camarero se asoma por encima de la barra. «¿Y para el niño?». «Nada, gracias».

La mujer mira hacia abajo y allí, donde acaba su brazo, encuentra a su hijo. Sigue agarrado a su mano, no la ha soltado en todo el camino que va de su casa hasta la parada de autobús, y de ahí hasta el bar. La madre ya no puede rehuir más el rostro del niño. El pequeño de tres años apenas tiene fuerza para alzar la mirada y la deja rodar hasta el suelo poblado de servilletas arrugadas. Ella acerca el dorso de la mano a su frente, parece no tener fiebre. «Ahora vuelvo», dice al camarero, aunque sus palabras son opacadas por la máquina de café y madre e hijo se pierden por un pasillo estrecho al fondo del bar.

En el servicio le cambia el pañal. El niño no dice nada, casi no se mueve. Él, que de normal no para quieto un segundo, había que verlo esta mañana, dirá más tarde la madre, como un muñequito de trapo con poco relleno. Suena el móvil. Ella lo encaja entre hombro y mejilla mientras ajusta como puede los adhesivos del pañal limpio. Es su cita de las nueve y media, el cliente le pide adelantar la visita al inmueble. «Imposible —se disculpa —, tengo que llevar a mi hijo a la guardería». Pide perdón otra vez y se apresura a colgar antes de que el hombre tenga la tentación de anular la cita. No se lo puede permitir, debe cerrar una venta este mes, como sea.

Regresan a la barra, se lleva el café a la boca y siente los labios abrasados, el paladar, el esófago. Se queja al camarero: «La he pedido fría». Pero este tiene puesta su atención en el televisor. A esa hora de la mañana la noticia del día aún era la presunta implicación de la vicealcaldesa Frisas en el caso Construtec. «¿Te apetece ver a tus amigos?», pregunta la madre a su hijo. Él no responde, tiene la cara pálida. Ella consulta el reloj: casi las nueve. No está orgullosa de lo que ha hecho, pero en ese momento las cosas todavía eran como siempre, como cualquier otro día, y esa venta no se le podía escapar. Se pasa el pulgar por los labios pintados y restriega parte del carmín en las mejillas del pequeño, que algo protesta, pero se deja hacer. «Vamos, cariño, a la guarde». Encima de la barra se ha quedado el café humeante...

1

—Aquí viene la Sultana.

El pensamiento del anciano escapa por su boca como un fogonazo. Ha pronunciado las palabras en voz alta, aunque no haya nadie a su lado para escucharlas. Desde el ventanal de su salón, Teodoro acompaña con la mirada a la mujer desde que la ha visto aparecer por la esquina de la calle. Al fin algo de movimiento. Empezaba a cansarse de dar vueltas por la casa, con las manos a la espalda, evitando desayunar pronto para que luego la mañana no se haga tan larga.

—Guapa mujer.

Son muchas las que Teodoro ve desfilar cada día por la acera de enfrente, aunque esta es una de sus preferidas. Tez morena y una abundante cabellera de vivos rizos negros. Y siempre bien vestida, con falda y algo de tacón, pero no demasiado. La Sultana, una mujer de las de toda la vida.

Hoy parece más apurada de lo habitual. Lleva cogido de la mano al niño, que remolonea al caminar. Tira del pequeño y a cada poco le tiene que insistir para que avance. Teodoro ha descorrido las cortinas por completo y se sienta a la mesa colocada cerca del ventanal. Desde su primer piso de altura, como si de un anfiteatro se tratara, asiste a la representación de cada mañana. Mientras, juguetea con una galleta entre sus dedos sin decidirse a comérsela.

La madre ha pulsado el timbre de la guardería y espera a que abran la puerta. Es de cristal traslúcido y decorada con dibujos de animales, flores, estrellitas... Todo formas amables y de vivos colores, que se extienden por los muros laterales de la guardería. Teodoro agradece esa explosión de alegría, destaca entre tanto local gris y sucio regentado por los moros.

Abre una de las chicas que allí trabaja. A esta, como a sus compañeras, Teodoro también la reconoce. Todas ellas llevan un mandil rosado a modo de uniforme. Intercambia unas palabras con la madre y después se pone en cuclillas para hacer una carantoña al niño. Al principio el pequeño no reacciona, hasta que, de pronto, arroja una vomitona blancuzca que se estampa en el delantal de la muchacha. A Teodoro apenas le da tiempo a desviar la vista cuando una segunda arcada sacude al chiquillo, que acaba por vaciarse sobre la acera.

—Atiza con el mocoso —dice Teodoro, y deja la galleta en el plato.

El niño llora. La madre le limpia la boca al tiempo que trata de explicar algo a la otra. Esta sonríe comprensiva, pero sin dejar de negar suavemente con la cabeza. La muchacha acaba por abrir los brazos y encoger los hombros, como excusándose ante la madre por alguna razón. Se ha quitado el mandil y ha hecho un gurruño con él. «Lo siento», parece decir a la madre, y retrocede hasta la puerta, que al momento está cerrada de nuevo.

«Lo que son las cosas», piensa Teodoro. En cierta ocasión, en la mili, también él lo echó todo sobre las botas de un sargento. En la misma puerta del cuartel. A diferencia del crío, a él no solo le hicieron entrar de inmediato, sino que, una vez dentro, estuvo arrestado una semana. Qué tiempos.

Contempla a la Sultana, en mitad de la acera con el chaval. Se agacha y pone su mano en la frente, luego en la mejilla. A continuación se abre para dejar que el niño se resguarde entre sus brazos. Están unos segundos así hasta que ella se incorpora para marcharse y entonces choca con un hombre. Su bolso cae al suelo. Teodoro se fija en el tipo: barba cerrada y pelo aceitoso, el rostro cetrino, o medio sucio. Uno de tantos que Teodoro lleva años viendo en el barrio y, sin embargo, la cara de este... El tipo se agacha y coge el bolso. La espalda de Teodoro se arquea. El moro le da el bolso. Ella se lo agradece y se va con su hijo por donde ha venido hace unos minutos.

El otro se queda inmóvil frente a la puerta de la guardería, la observa como si pudiera traspasar el cristal grisáceo. Después vuelve la cabeza y mira hacia el edificio donde se encuentra Teodoro, rastrea las ventanas y por un instante los ojos de ambos se alinean. El teléfono móvil del anciano suelta entonces un trino desde el otro extremo de la casa. Un mensaje. A los pocos segundos otro igual y, al momento, otro más.

—Ya empezamos.

Maldice tener que ir hasta el dormitorio a buscarlo. Más cuando sabe a la perfección de quiénes se trata y de lo que hablan. No se equivoca. «Todos los viejos de la ciudad estamos ya despiertos», piensa al ver la cantidad de mensajes del grupo. Por desgracia, su respuesta hoy sigue siendo un «No, imposible, ojalá pudiera ir...». Solo le falta ingeniar una justificación creíble. En mala hora a su hija Lourdes se le ocurrió liarle en aquello.

Más interés le produce saber si el tipo sigue ahí, pero

cuando regresa al salón en la acera de enfrente solo está una de las chicas de la guardería. Arroja un cubo con agua sobre los restos y pasa la fregona. Teodoro consulta con desgana el viejo reloj de pared. A punto de dar las nueve y cuarto. Todavía. Mordisquea la galleta y, a su pesar, comienza a leer los mensajes recibidos.

2

Durante este último año Julio ha dejado atrás muchas cosas. Por fortuna, el café no es una de ellas. Porque hoy, esta mañana, ahora, lo único que le falta para hacer plena su felicidad es un café. Sin embargo, la visión de los armarios de su pequeña cocina resulta desoladora: vacíos como la redacción de un periódico en Nochevieja. Pensaba que tenía un paquete guardado por algún sitio, pero ni rastro de él. Julio tampoco recuerda la última vez que hizo una compra propia de un adulto con responsabilidades. Lo que sí sabe es cuándo debería realizar la próxima: esta tarde, tan pronto como entregue el segundo artículo sobre la vicealcaldesa y antes de recoger a Greta en casa de Silvia.

Greta. Greta. Greta. Un calendario parroquial, obsequio de su madre, cuelga en la puerta del frigorífico y le avisa por partida triple. Una por cada noche que su hija pasará con él, hasta que el domingo la lleve de nuevo con Silvia. Se resiste a usar el verbo devolver. Ni va a secuestrarla, ni es un objeto que deba retornar a su legítima propietaria.

A las 19:00 esta tarde. Por favor, no te retrases, he quedado. Silvia le ha escrito esto a primera hora de la mañana, después de dejar a Greta en la guardería. Para entonces ya debía de llevar puesto el uniforme de estricta directora financiera. Máxima eficiencia al trasladarle las instrucciones,

severa al no permitirle retrasos, y sutil para hacerle saber a su exmarido que su vida sigue adelante y esta noche piensa acostarse con alguien. Nada que recriminarle, por supuesto. Silvia, además, le ha felicitado:

Enhorabuena por lo de Frisas.

Descuida, ahí estaré. Ha tecleado Julio. Gracias, mañana también deberías comprar el periódico. Un beso. Antes de enviar su respuesta ha borrado lo del beso y lo ha sustituido por un estúpido e inocuo pulgar hacia arriba.

Continúa abriendo armarios y cajones que exponen sin delicadeza alguna sus carencias. Tendrá que comprar leche, y colacao, además de cereales, galletas y yogures de fresa y plátano. También, y ojalá sigan en oferta, esas tiras de pollo empanado que tanto le gustan a Greta y que en más de una ocasión le han costado el reproche de Silvia e incluso de su propia madre. Más y más cosas con las que va llenando su despensa mental y para las que aún no tiene el ánimo necesario para ordenar en una lista. Al fondo de un cajón encuentra unas bolsitas de té y con ellas asume su derrota: justo las compró para situaciones como esta. No se desanima. A pesar de este pequeño contratiempo, sigue siendo un gran día.

La taza con agua gira en el microondas. Entretanto, Julio revisa una vez más la web del *Liberal*. La noticia de Frisas ocupa desde anoche toda la pantalla. Menos alegrías le ofrece su cuenta bancaria. Tampoco hoy ha cobrado ninguna de las facturas pendientes desde hace varias semanas. Le faltan, sobre todo, los trabucazos realizados para *Revelaciones* en los últimos meses. «Son las nueve y cuarto,

aún es temprano», piensa. A veces las transferencias no aparecen hasta pasadas las diez. Interpone esta excusa sin convicción porque sabe que tendrá que esperar hasta mañana, quizá hasta el lunes. Y lo peor de todo es que deberá llamar a Sosa, el director de *Revelaciones*, reclamar su dinero... Pero el *cashflow*, como suelen avisar los colegas de las páginas salmón, es crítico para la supervivencia de cualquier organización. En su caso la organización es él mismo, y ni siquiera tiene café.

No va a permitir que su ánimo decaiga, aunque el mensaje de audio enviado por su madre tampoco ayuda. Julio, corazón, que el Señor te ilumine hoy. Rezaré por ti en la misa de… Similar al que le mandó ayer, y anteayer, y prácticamente cada mañana desde que se separó hace un año. El de hoy, al menos, sirve a Julio para borrar de golpe la imagen que había empezado a conformar de Silvia: sudorosa, gimiente bajo el cuerpo de un tío sin rostro, rodando ambos sobre la cama de su antiguo dormitorio.

El cling del microondas es la señal oportuna para guardar el móvil. Ahoga un par de bolsitas de té en la taza. Las lastra con una cucharilla para enviarlas al fondo, junto a la fe ciega que cada día su madre deposita en él. Pocas cosas le dan tanta rabia. Hacer la compra, tal vez eso lo supere.

Se acomoda en el sofá y enciende la televisión, salta de una cadena a otra hasta aterrizar en la regional justo a tiempo:

> ... los problemas no cesan en el gobierno de coalición de la ciudad. El *Liberal* publica hoy los correos electrónicos que, al parecer, la vicealcaldesa Carmela Frisas habría intercambiado

con varios de los imputados en el caso Construtec. Según esta información, la vicealcaldesa habría solicitado el cobro de supuestas comisiones a cambio de la adjudicación de las obras...

Julio eleva la taza y brinda en dirección al televisor. Más de un año sin ir en portada de algún medio con un artículo que no le avergonzara firmar. Bien sabe lo fugaz de esta sensación de orgullo como para no disfrutarla cuando llega. «Poco a poco», piensa Julio, y da un sorbo. Hoy incluso el té le sabe bien. El móvil suena y él se apresura a beber otro trago antes de descolgar.

—¿Le ofreciste ayer a Frisas hacer declaraciones acerca de lo que íbamos a sacar?

—Buenos días, Mariana, también yo me alegro de hablar contigo.

—Déjate de coñas, ¿lo hiciste o no?

Mariana Quílez, redactora jefa del *Liberal*, siempre es breve y concisa. Intenta agarrar el tiempo que, irremediablemente, acaba por escurrirse entre sus dedos al final de cada día. Julio se pone derecho en el sofá antes de contestar.

—Sabes que sí. Y la respuesta de su jefa de gabinete fue: «No comentamos noticias falsas».

—Pues ha cambiado de opinión. Quiere vernos a la una en su despacho, así que te espero en la redacción para preparar la entrevista.

Un zumbido sordo empieza a vibrar en el interior de Julio. Lo publicado hoy basta para hacer caer a una de las líderes de Unidad Nacional, la que más futuro tiene dentro de la formación ultra. O tenía. Julio no sabe si lo de Frisas es

arrojo o temeridad. Un político no suele conceder una entrevista a los periodistas que le acusan de corrupción.

—¿Qué pretende? —pregunta Julio.

—Pronto lo averiguaremos. Nos vemos a las diez. —Mariana hace una pausa. Julio vuelve a sentir el zumbido acelerado—. Porque deseas seguir adelante con esto, ¿no?

—Por mí no hay problema. Siempre que a ti te parezca bien.

—No llegues tarde.

Hincha los pulmones con una mezcla de aire y confianza que no respiraba desde hace meses. Inclina la taza, bebe. Está convencido de que un día mejor acaba de empezar. También de que para hacer frente a Frisas necesitará algo más fuerte que esa agua con sabor a hierbas.